

Notas

Edmundo Husserl

Todas las grandes publicaciones filosóficas y culturales dedican en estos días un sitio de homenaje al gran pensador recientemente desaparecido. La obra de Husserl será valorada definitivamente cuando hayamos adquirido más alta perspectiva histórica; pero es lo cierto que pocos filósofos como él, han logrado en vida un tan alto influjo sobre sus contemporáneos. El método fenomenológico, su descubrimiento más preclaro, ha presidido la investigación de eminentes espíritus. Ya se ha aplicado a la religión (Gründler), a los valores, (Scheler), a la voluntad (Pfaender), al derecho civil (A. Reinach), y en otros varios campos han resonado sus ideas, más o menos abiertamente. Teodoro Lessing, Gertrudis Kuznitzky, Alois Müller y el gran pensador de la filosofía existencialista, Martin Heidegger, deben mucho a la obra husserliana.

Husserl había nacido en 1859, de padres arios, con una escasa mezcla de sangre judía. Fue profesor primero en Gotinga y desde 1916 en Friburgo. Sus primeras investigaciones cubrieron el campo de la lógica y advirtieron allí muchas cosas nuevas, y otras antiguas surgieron a una nueva vida enlazadas en una vertebración sistemática. Su empeño primordial fue desprender la lógica del psicologismo en que se hallaba sumida, especialmente por sus cultivadores de la segunda mitad del siglo XX.

El filósofo católico Bernardo Bolzano, a quien Husserl hizo admirar, y el gran pensador Francisco Brentano, de tan sutil pero segura influencia en la filosofía de esta centuria, fueron, para el autor de la Fenomenología, sus antecedentes espirituales más insignes. A través de ellos, Husserl penetra hondamente en la filosofía escolástica y en el aristotelismo. Brentano representa la más violenta y a veces exagerada reacción contra Kant; la Escuela de Marburgo, empero, quintaesenciaba en ese entonces, el formalismo del autor de las Críticas. De un lado el pensamiento del otro la intuición; frente a frente el espíritu y la vida, en lucha abierta, hasta llegar Husserl quien, en una síntesis superior, trata de desvanecer tales polaridades. Positivista, en cuanto tiende a lo *dado* inmediatamente, como punto de partida de todo conocer científico, pero reconociendo que lo *dado* no es sólo el fenómeno exterior del positivismo precedente. Apriorista, en cuanto reconoce una legalidad esencial y válida por encima de los hechos, pero fundada de manera distinta del idealismo crítico.

La obra de Husserl es de una dificultad extrema; sus discípulos confiesan que muchos de sus temas y posiciones, sólo el maestro podría explicarlos con propiedad. Sin embargo, leída y estudiada con amor intelectual, se advierte en ella un lúcido pensamiento que discurre por todo el sistema, profundamente lógico y dotado de grandes perspectivas, desde dónde iluminar los abstrusos problemas del sér y del conocimiento.

Sus libros son, sin duda alguna, primicia de las ideas del siglo XX. Últimamente, las corrientes racistas de su patria estorbaban su labor y debía publicar en Yugoslavia y en otros países, fuera de Alemania, sus maravillosas producciones. En 1901 aparecieron las "Logische Untersuchungen" (Investigaciones lógicas; hay versión española); en 1913, las "Ideen zu einer reinen Phaenomenologie und phaenomenologischen Philosophie" (Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica), Múltiples lecciones, seminarios, artículos, sirvieron después a Husserl para comunicar su pensamiento, hasta "Formale und transzendente Logik" (1929) y las "Méditations Cartésiennes" (publicadas en francés), y en las cuales aparece la posición definitivamente creadora de su inteligencia.

Cayetano Betancur.

Dos libros de Mario Carvajal

Mario Carvajal, uno de los líricos más transparentes de las últimas generaciones literarias de Colombia, publicará este año un libro de sonetos místicos y un selecto tomo de compilación de sus prosas. Carvajal es en las letras nacionales de nuestro tiempo el poeta místico por excelencia. Desde "La escala de Jacob" se reveló a las nuevas promociones intelectuales del país como un lírico de singular potencia mística, cuyo cántico anunciaba una voz espiritual fresca e inédita en nuestra fatigada cacofonía poética. Mario Carvajal no hace de su lenguaje místico una beatería melindrosa, sino que es un idioma con altura para que sea la verdadera correspondencia con Dios, el alado intercambio con lo divino, ascendiendo, como diría Neruo, por la espiral que conduce a las estrellas hasta el vértice omnirradiante. Sobre él se pudieran transcribir aquellas líneas ardientes que un crítico labrara en torno a la poética de San Juan de la Cruz, según el cual, podrán sonar armoniosamente en los oídos profanos, avezados a la literatura, los periodos bien compuestos de los escritores a lo divino, podrán sus metáforas agradecerles por la gracia de los objetos sensibles que las han inspirado, podrá admirarles la abundancia de su lenguaje o el casticismo de sus vocablos; pero ni lo armonioso de los periodos, ni el encanto de las metáforas, ni el caudal del vocabulario bastarán a introducir en los secretos de la compenetración psico-divina, por medio del amor, en cada uno de los estados que el alma atraviesa, hasta ganar la cumbre del monte, donde asienta el tálamo purísimo del Esposo, cuyos caudales empapa el aura del cielo, pero no los ventea los cierzos de la tierra.

Mario Carvajal sabe catar el zumo divino de las cosas, la porción cósmica de cada hecho humano y la cuajada intensidad del hombre sacudido por tremendos sismos interiores. Pero el poeta ha desmaterializado su poesía hasta hacerla casi imperceptible. No hay en ella ningún vestigio carnal, ni la menor huella de impureza terrestre. El vaso de su estrofa sólo contiene esencias puras y deshumanizadas. Porque

la auténtica poesía mística desecha la arcilla concupiscente del mundo sensual para enterrarse sólo en Dios, y buscar en El su cristalino manantial y su diáfana fuente creadora. Los sonetos místicos que se propone recoger en un prieto breviario Mario Carvajal — su producción madura de este año — será la consolidación del lírico místico que está ya bañado con la celeste claridad.

El volumen en prosa de Carvajal, también próximo a editarse, es una esmerada compilación de sus oraciones y panegíricos literarios que tendrá por título "Estampas y Apologías". El prosador no ha sido otra cosa que una prolongación del artista en verso. De una metáfora suya podría decirse con José Ortega y Gasset, que vale lo mismo que el descubrimiento de una ley cósmica. En el estilo de Carvajal, la purificación de la materia prima idiomática constituye uno de sus más severos mandamientos estéticos. El creador en prosa sólo incrusta siempre el vocablo adecuado o la palabra selecta y cabal que edifique la frase sin falsificar y defraudar la inteligencia. Se ha dicho con razón que toda idea bien engendrada nace vestida con su propia túnica mental. Los defectos de estilo son siempre balbuceos del pensamiento.

Estas dos obras que reseñamos velozmente del gran poeta Mario Carvajal, serán sin duda alguna la mayor contribución intelectual a la literatura colombiana de 1938. — J. M. M.

Alfredo Adler

En agosto de este año se cumple el primer aniversario de la muerte de Alfredo Adler, acaecida en Aberdeen (Escocia), cuando se dirigía a dictar una conferencia sobre patología. Había nacido en Austria en el año de 1870. Estudió medicina en la Universidad de Viena donde recibió el grado de doctor. Allí conoció a S. Freud, el maestro del psicoanálisis, y cuando al comenzar el presente siglo un grupo de médicos jóvenes ansiosos de penetrar en las doctrinas de la sicología profunda formaron el círculo denominado de las "conferencias de la mesa redonda", se unió a ellos y fue uno de los más asiduos asistentes. En tales conferencias se agitaba el tema de la psicología profunda, es decir, "se buscaba el origen y la interpretación de los hechos conscientes de la vida psíquica sondeando las profundidades inconscientes de la personalidad", según la definición de Stern. En esas conferencias de los miércoles y bajo la dirección del inigualado maestro, se fue plasmando el espíritu de nuestro joven médico. Freud le admiraba sinceramente y llegó hasta escribir de él: "No he rehusado jamás reconocer en Adler un espíritu superior, especialmente dotado para la especulación". Adler admiraba del mismo modo a su maestro y permaneció a su lado nueve años, durante los cuales acumuló datos y observaciones bastante precisos.

Pero las bases fundamentales de la teoría de Freud no satisficieron al discípulo y como ni éste tenía arraigado el viejo principio de "magister dixit", ni aquel cedía un puto en sus postulados, la disidencia no tardó en presentarse nuevamente ante los congregados de la mesa redonda, como ya se había ocurrido otras veces. Adler permanecía apartado en las discusiones, sin duda porque el primado de Eros, el complejo de Edipo y el papel que desempeñaba la censura no presentaban verdadera solución a su espíritu especulador; al revés que los demás, él no aportaba sus observa-

ciones personales sino que en las sesiones asumía la actitud de observador. Mientras tanto iba dando forma a su teoría, la que bien pronto le trajo la expulsión del círculo de los discípulos de Freud.

En 1911 se atrevió a exponer libremente sus conceptos. Durante tres sesiones sostuvo sus puntos de vista, pero a la cuarta sus adversarios y el maestro le refutaron y propusieron que fuese expulsado del círculo, del que se retiró Adler con otros nueve disidentes. Como lo anota el P. de la Vaissiere, Freud sintió la retirada de Adler y manifestó que no habría tenido inconveniente en introducir algunas reformas a su sistema. Pero las divergencias eran demasiado profundas y ni el uno desistiría de ellas ni el otro las aceptaría totalmente.

¿Cuáles fueron las divergencias que causaron tal desenlace?

Señalemos primero el sentir de Adler sobre los puntos básicos de la teoría del psicoanálisis y apuntemos en seguida los fundamentos de la que él se construyó.

Ante todo, el método que cada uno emplea es completamente diferente del del otro, como certeramente lo apunta el profesor Jorge Thenon, del Colegio Libre de estudios superiores de Buenos Aires. Dice así el expositor argentino:

"Ya en 1907 el estudio de Adler sobre la debilidad de los órganos (*Studie uber Minderwertigkeit von Organen*), había iniciado la disidencia que poco a poco habría de acentuarse, porque mientras el psicoanálisis penetraba en el determinismo de las manifestaciones neuróticas hasta su más honda raíz en las fuentes del instinto sexual y en las perturbaciones acaecidas en la compleja evolución de la libido, la escuela de la psicología individual comparada — así se llamó la nueva corriente psicológica — estudiaba el individuo en el plano de sus relaciones totales con el ambiente social, subordinando a las exigencias de esta lucha las expresiones normales y morbosas del instinto. El verdadero objeto de la psicología individual, dijo Adler en el Congreso Internacional de 1931, fue investigar el por qué de la conducta, mientras las demás escuelas tienden a buscar el por qué de los síntomas". (*Cursos y conferencias*. Volumen XI, N.º. 1, página 70. 1937. Buenos Aires).

Por supuesto que esta divergencia de sistemas tendría que tener por correlativa la divergencia de bases profundas sobre las que reposasen los edificios que cada uno se construyera. De ahí el papel secundario que Adler señala a lo que en el sistema freudiano es de la mayor importancia. Del complejo de Edipo, por ejemplo, dice estas palabras: "El complejo de Edipo no es un fenómeno básico sino más bien un producto artificial y perjudicial de las madres que miman a sus hijos". (*El sentido de la vida*, página 15, Barcelona, 1935).

Para Freud los instintos determinan fatalmente la habilidad humana, a la vez que los complejos inconscientes; su discípulo se aparta de él también en esto. Así lo expresa el editor de la traducción de "El sentido de la vida", cuando estampa las frases siguientes:

"Adler es conducido por su análisis en una dirección absolutamente opuesta a la del psicoanálisis. El hombre aparece no como víctima indefensa del determinismo de los instintos, sino como sujeto libre aun en el seno de la enfermedad."

Y añade otro autor:

"Contrasta el optimismo de Adler con el pesimismo que se desprende de las doctrinas freudianas, y es que el discípulo parte de una concepción de la génesis que es antitética al determinismo y favorable al espiritualismo tradicional". (*Enciclopedia Espasa*. Artículo, Adler Alfredo).

Tampoco se dan la mano en la interpretación de los ensueños. Para la teo-

ria del psicoanálisis, fundada sobre la censura, las percepciones que se tienen en el estado de sueño no son más que manifestaciones del mismo subconsciente que obra desde las profundidades del espíritu después de que es rechazado por la censura, son, por decirlo así, las válvulas de seguridad. Adler les asigna un papel de entrenadores del futuro. No son propiamente manifestaciones del pasado, aunque frecuentemente sí obedecen a sugerencias de la vigilia, sino que son proyecciones del subconsciente hacia lo venidero, en las cuales realiza, por decirlo así, todos los planes ocultos que constituyen la línea de la vida, objeto hacia el que están encaminados de manera inconsciente los actos de nuestra vida, como lo veremos en seguida.

Pero la obra de Adler no se limitó a destruir lo que había edificado su maestro. Consideremos ahora la fase constructiva, fruto de la cual es la psicología individual. En su estructura hay que considerar dos campos completamente distintos: *el objeto*, por el cual se trabaja, conocido con el nombre de línea de vida, y *la disposición*, que obliga a efectuar las acciones, que es la voluntad de poder, manifestada especialmente en el sentimiento de comunidad y el complejo de inferioridad.

En los primeros años de la vida del niño se forma éste opinión acerca de sí mismo, que es lo que se denomina la *línea de vida*. El mismo Adler dice de ella:

"Esta ley de conducta se origina en el sector limitadísimo de la niñez y se desenvuelve dentro de un margen de elección relativamente amplio mediante libre disposición — no limitada por ninguna acción matemática formulable — de las energías congénitas y de las impresiones del mundo circundante". (El sentido de la vida, pág. 19, edición citada).

En esta cita se nota claramente que su doctrina no está informada por el determinismo finalista, como lo dice el profesor Thenon (art. citado), sino que respeta la doctrina de la libertad determinante de la voluntad.

Tenemos el ideal preformado e inconsciente hacia el cual tiende la actividad del hombre; en el campo de la conciencia lo que da la explicación de la actividad psicológica es el hecho de que "el hombre quiere impulsar su vida" o sea la *voluntad de poder*. De este principio hay dos manifestaciones principales que son los dos motores impulsores de la actividad psicológica. Son: a). el *sentimiento de comunidad*, por el cual uno se asocia con sus semejantes para más fácilmente realizar lo propuesto, y b). el *sentimiento de inferioridad*, consistente en que al sentirnos inferiores en nuestra capacidad somos impulsados a superarla para alcanzar realizar nuestra línea de vida.

Sobre el primero de estos sentimientos hace una maravillosa exposición el P. de la Vaissiere en un artículo que recientemente publicó la revista de la Universidad Católica del Perú (tomo V, N.º. 38, p. 870). Quisiéramos citarlo íntegro pero tenemos que contentarnos con hacer un breve resumen del mismo. El sentimiento de comunidad nace con la vida misma, pero no se manifiesta siempre de idénticas maneras, sino que por el contrario, tiene varias etapas de desenvolvimiento. En un principio es totalmente egoísta: el niño se asocia con su madre porque de ella necesita recibir los cuidados indispensables sin los cuales no podría vivir; en una segunda etapa el niño comprende que hay otras personas distintas de la suya, y, guiado por la voluntad de poder, tiende a dominar sobre ellas, a superarlas; mas luego viene la atracción sexual y esa misma voluntad de poder, manifestada en la tendencia a la posesión, se une de la manera más estrecha con el sentimiento de comunidad, lo cual constituye el amor conyugal que podría considerarse como "la fusión de un profundo sentimiento de comunidad y una irresistible tendencia de posesión".

En cuanto al sentimiento de inferioridad, dice Adler mismo:

"Hace mucho tiempo puse de relieve que ser hombre quiere decir sentirse inferior" (obra citada, p. 79).

Su doctrina a este respecto está expuesta en lo que él tituló "Die Theorie der Organminderwertigkeit" (Teoría de la insuficiencia de los órganos). Su modo de obrar es el siguiente: Cómo podrá compensarse la disparidad que existe entre la finalidad ideal con que cada uno tiende a dominar a los demás y la deficiencia de la potencia actual con que se cuenta? Sólo de una manera: *sobre-compensándose*. Toda insuficiencia que experimentamos nos lleva a superarla para así lograr nuestra meta; esa es la dinámica del sentimiento de inferioridad. La sobre-compensación de que acabamos de hablar puede efectuarse, bien en el mismo orden de la deficiencia como en el caso de Beethoven, el sordo compositor, bien en cualquiera otra de las actividades del individuo, como cuando el estudiante que se siente sin buenas capacidades intelectuales sobresale en los deportes y sacia su necesidad de dominio.

Esa es la síntesis de los principales puntos de vista de la psicología individual cuyo creador es Alfredo Adler, uno de los discípulos de Freud que han hecho carrera más brillante y que cuentan con numerosos secuaces. Durante su vida y especialmente desde que terminó su formación intelectual y ordenó su sistema fue un héroe de la causa. Errores se le pueden inculpar sin duda, y por cierto que no pequeñas como la divinización de la humanidad y el prescindir de la idea del Ser absoluto; pero lo que nadie podrá enrostrarle sería falta de sinceridad en sus investigaciones y poco amor a la ciencia; si erró, muy humano es errar, pero su grandísima labor es piedra inestimable que aportan nuestros tiempos al interminable edificio del saber.

Entre sus obras se cuentan:

"La insuficiencia de los órganos", "El temperamento nervioso", "Grundzuge einer Vergleichender individual-psychologie und Psychotherapie", "El sentido de la vida", "Zeitschrift für Individual Psychologie", órgano de publicidad que fundó en 1922.

José Sanín E.

Eduardo Castillo

Las letras nacionales lamentan hoy la fuga definitiva del poeta Eduardo Castillo hacia las eternas brumas de la otra realidad. Castillo supo estilizar su angustia interior en una magnífica proeza poemática, cuya libricación es una urgencia para nuestra cultura literaria. Eduardo Carranza aprehendió la silueta del poeta en un esquema total que recortamos de la última entrega de "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario". Este penetrante ensayo, escrito cuando aún se alborozaba la poesía nacional con la producción de Castillo, pertenece a la serie de medallones que viene burilando con delectación de artifice, este estilista del verso y de la prosa que es Eduardo Carranza:

Eduardo Castillo aparece en la ventana de nuestra poesía en los primeros años de este siglo. Valencia, Darío, Amado Nervo, Chocano, Lugones, Herrera Reissig, los dioses mayores del "modernismo", formaban con su diverso acento fulgurante, la voz total de ese gran instante lírico de América. La embriaguez verbal, la suntuosidad parnasiana, la orquestación colorista, la brillantez preciosista, ejercían un hechizo invencible sobre la generación de poetas que les siguió. Pocos de entre ellos se salvaron. El "rubendarismo", vestido de colorinescos oropeles, alimentado con las sobras del fastuoso banquete "modernista", henchido de grandilocuencia y vaciedad, torció y corrompió auténticas vocaciones, extravió con su engañosa pirotecnia a muchos desprevenidos nautas de la belleza. Y se instauró el fugaz imperio de la simulación poética. Una falsificada prolongación, a base de trucos formales de lo que fue caudalosa, inigualada vena de cántico en el "Padre y Maestro mágico, lirófabo celeste".

Por esto tiene algo de asombroso el caso de Eduardo Castillo, quien con seguro tacto y sensibilidad vigilante supo eludir ese aire infestado de líricos perfumes baratos, embobado por los irisados cohetones de los "poetisos" venidos a más por obra y desgracia del mal gusto ambiente.

Yo definiría a Eduardo Castillo diciendo que es, en nuestra poesía, la flauta de blanquísimo acento. Dueño de una pequeña parcela de viento, nutrió con ella su voz que nos dibuja una de sus obras más puras, señeras y decisivas de nuestra literatura.

Su mundo es el inasible mundo de lo suave. La región de la sonrisa, de la nostalgia, del vago matiz, de la encantada sugerencia. Toda su obra es como un pardo atardecer divino. Poniendo al revés una expresión famosa podríamos decir que allí hasta la misma tristeza es levemente alegre. Su poesía habita en la dichosa zona de la penumbra, del sabio tono menor, del alquitarado sentimiento, del suspiro inadvertido, del insinuado llanto, de la saudosa ausencia, del aleteante presentimiento y la fragancia dulcemente acongojadora.

Lejos de allí la roja palabra, el herido lamento, el incendiado caudal tumultuoso de la sangre. Lejos el violento decir, el grito llameante, el minuto cenital de la pasión, la voz revuelta contra el cielo. Allí, apenas el imperceptible estremecimiento la delgada ternura como aroma, la confidencia a media voz.

La mujer pasa como una leve, fina visión: inasible cuerpo de brisa, la voz como hebra azul de sonido, como huella de ángel, y, deslizada sobre los hombros, la tarde trenzada en las trenzas que parecen dos paralelas de nostalgia y suspiro. Es la infanta cautivada en su alcázar de niebla, con el alma bordada de sueños y plegarias. Es Beatriz paseando por una blanca pradera "con un dejo de azucena que piensa". Es Leonora en su ventana perdida entre las nubes, de tan alta. Es aquella mujer que avanza delante de las horas, lejana, perfecta, ingrávida, como un arquetipo platónico. La mujer, una y múltiple.

Eduardo Castillo, dueño de una inmensa cultura, prosador de agudas prosas, poeta de poéticas poesías, es ya un signo permanente de las letras nacionales.

Eduardo Carranza.